

chó contra Diu. Pero Silveira, que mandaba allí una débil guarnicion, no se dejó intimidar por las terribles amenazas, y mientras pedia auxilio al virey, logró hacer inútiles los desesperados esfuerzos de los sitiadores. En toda la historia de las Indias portuguesas no hay un hecho de armas mas preclaro que esta defensa. Los musulmanes, asombrados de tan obstinada resistencia, no aguardaron la llegada del virey, y Silveira tuvo la satisfaccion de ver que se retiraban ante el reducido batallon de héroes que mandaba.

El virey que entonces se dirigia á Diu, no era Nuño da Cunha, pues en el mismo momento en que el mensajero de Silveira entraba en Goa, aquel recibia la orden de entregar el poder á García de Naronha y de volver á Lisboa para justificar su conducta. Tal era el galardón de diez años de trabajos y de gloria (1538). Nuño sintió al obedecer, que el dolor no le permitiría terminar su viage, y en efecto expiró en el momento de doblar el cabo de Buena Esperanza. El mar fué su tumba. «La tierra, decia al morir, no me quiere, ha pagado tan mal mis servicios, que no debo dejarla ni mis huesos.» Este poderoso virey de las Indias era pobre, lo cual fué su justificacion.

Así pues, la India portuguesa habia recobrado su fuerza en manos de Nuño da Cunha, y volvió á perderla bajo el gobierno de Naronha y de Esteban de Gama. El descalabro que este último sufrió delante Suez reanimó la esperanza de los musulmanes, y destruyó el efecto que habian producido la sumision y la defensa de Diu. En vano Alfonso de Souza procuró hacer revivir los tiempos antiguos; apenas pudo sostener la gran reputacion que le habian dado las proezas de su juventud, y los honrosos triunfos que obtuvo en varios puntos se borraron completamente en la sangrienta batalla de Telibicare. Circunstancias mas poderosas que él arrastraban ya á las colonias portuguesas hácia una decadencia casi inevitable. Así lo conoció él mismo, y á los tres años de poder y de luchas, deseó el descanso.

Causas de la rápida decadencia de la dominacion portuguesa en Asia.

Quando Alfonso de Souza marchó de las Indias, los límites de la dominacion portuguesa habian alcanzado su mayor extension.

Desde Lisboa al cabo de Buena Esperanza, desde este al Indostan, y desde el Indostan á Malacca, no habia posicion importante, ni ciudad célebre, ni isla fértil, que los vireyes portugueses no hubiesen visitado, adquirido y conservado. Mas allá de aquellos límites, sometian tambien las Molucas, en la Oceanía, construian Macao á las puertas de la China, y entraban en relaciones con el Japon (1), bastándoles cuarenta y siete años para fundar tan vasto imperio, para enaltecer tanto la gloria portuguesa, para mezclar así el Oriente y el Occidente, y para revolucionar tan profundamente todo el comercio del mundo. Apesar de todo, era ya evidente que habia llegado la hora de la decadencia: el edificio cuyos gloriosos cimientos habian echado Gama y Albuquerque, amenazaba ruina aun antes que sus sucesores acabasen de edificarlo.

Las causas de esta rápida decadencia no son muy numerosas y pueden reducirse á estas: la falta de una proporcion suficiente entre aquellas inmensas colonias y su metrópoli; la excesiva distancia que de esta las separaba, y que excluia la prontitud del socorro y la vigilancia; su demasiada extension, que impedia la unidad del gobierno; la frecuente eleccion de malos gobernadores ó la rapidez de su desgracia cuando eran buenos. Por mas graves y activas que fuesen estas causas de decadencia, la mas decisiva era sin duda la conducta de los portugueses.

Quando en efecto los primeros dominadores del Oriente se lanzaron de su patria á la conquista de las Indias, el amor á la gloria y el ardor religioso eran los únicos sentimientos que les sostenian contra todos los peligros de sus empresas. Pero si este noble entusiasmo se perpetuó bajo los ilustres vireyes que ejecutaron tan laboriosamente esta grande obra, ¡cuánta diferencia vemos en tiempo de sus sucesores! Deslumbrados por el brillo de su gran fortuna, olvidaron que esta se fundaba en la virtud y el valor; solo pensaron en disfrutarla, y el Asia les pareció una presa que debian dividirse, sin piedad para los míseros vencidos, sin cen-

(1) Arrojadados de la China, los portugueses obtuvieron el permiso de volver á ella y comerciar en el puerto de Sanciam. Quando hubieron vencido á los piratas de Macao, el emperador les dió, áquel puerto y fundaron allí una ciudad poderosa. Desde entonces entablaron relaciones con el Japon, donde encontraron prodigiosas riquezas, y se calcula en catorce ó quince millones de francos el valor de los metales que anualmente extrajeron.

sideracion para su propio honor, y sin cuidar del porvenir. De aquí una tiranía y una mala fe, un orgullo y una crueldad que los asiáticos no podían sufrir por mas tiempo. En el día de la insurreccion pues, ¿tendrían aun los portugueses bastante energía para sofocar tan justa aversion? Sus oficiales afeminados iban siempre en palanquín en medio del lujo oriental, y sus vicios les dividían unos de otros, así como el sentimiento de una miseria comun unía á sus numerosos enemigos.

Agreguemos á esto, para colmo de males, el fanatismo de los europeos mezclado siempre con su corrupcion. No contentos con la tiranía material, querían dominar tambien en las conciencias, y manchados de vicios, se atrevían á presentarse á sus víctimas como misioneros de la religion mas pura del mundo. Las pruebas de este excesivo zelo son harto numerosas: recordemos solamente que Alfonso de Souza derribó todas la pagodas del Malabar; que los indios que iban á llorar sobre las ruinas de sus templos, eran asesinados sin piedad; y que fueron robados piadosamente por Faria, en la isla de Calampin, los ricos sepuleros de los emperadores chinos. ¿Cómo con tal conducta podia el cristianismo prosperar en Oriente? Los asiáticos habían de considerarlo como un nuevo instrumento de opresion, y si bien las santas palabras de los misioneros, sostenidas por el miedo, lograron formar algunos hipócritas entre ellos, jamás hicieron cristianos.

¿Qué provecho sacaba Portugal de tantas iniquidades? Ninguno; pues llegó á tal extremo la inmoralidad, que Juan III no halló en breve, ni en los tributos de ciento cincuenta príncipes, ni en las rentas de sus aduanas, ni en el producto de los monopolios que la corona se había reservado, con qué subvenir á los gastos de las ciudadelas y de las escuadras que había de mantener en Oriente. Mas adelante veremos que la nacion no ganaba en ello mas que su gobierno, y que se estenuaba en el seno de una mentida prosperidad. Hubiérase dicho que Vasco de Gama, Almeida, y Albuquerque, solo trabajaron para saciar la codicia ó el fanatismo de algunos individuos.

Juan de Castro restaura el poder de los portugueses (1545-1548.)

Así estaban las cosas cuando Juan III confió la salvacion de las Indias portuguesas á Juan de Castro (1545). Digno heredero de

los Vascos y Albuquerque, Castro no era solamente ilustre por su cuna y por su valor, sino tambien por sus vastos conocimientos y por su admirable probidad. Y sin embargo, no debió su alta dignidad al discernimiento de Juan III, sino á las vivas instancias del infante D. Luis, de quien fué condiscípulo predilecto, y el cual ni siquiera pudo obtenerle el título de virey.

Llegado á las Indias, Castro procuró sostener dignamente la reputacion guerrera que adquirió cuando jóven en el Mediterráneo, en el mar Rojo y delante de Ormuz. Como conocia muy bien los países que había de gobernar, sabia sus peligros y recursos; así es que nadie mejor que él se aprovechó de las circunstancias.

No bien hubo puesto el pié en la costa del Indostan, tuvo ocasion para manifestar á los indios lo que de él podían esperar. Adel Khan acababa de usurpar al jóven Meale el reino de Balagata, y en vano trató de seducir ó intimidar á Castro, pues este le anunció que jamás consentiría en entregar á un fugitivo, y despreciando así sus amenazas como su oro, le contestó en estilo oriental: «Los portugueses, se parecen al Océano, que crece durante las tempestades; recordad que las fortalezas que han levantado descansan sobre los restos de poderosos reinos.»

En seguida, para mostrar al Asia que sus pomposas palabras no eran una vana bravata, confió á su hijo don Alvaro seis buques, nuevecientos portugueses y cuatrocientos indios, con órden de no retroceder. Alvaro correspondió plenamente á la confianza de su padre, y en pocos dias arruinó la poderosa ciudad de Cambra, y redujo á Abel Khan, consternado por tan pasmosa derrota, á solicitar la paz. Juan de Castro se hizo de rogar, pero al cabo accedió: bastábale haber dado á Adel Khan y á las Indias una alta idea de la pujanza portuguesa.

Reforma de la administracion; San Francisco Javier; sitio de Diu; muerte de Juan de Castro (1548).

Juan de Castro no se había dignado mandar él mismo esta campaña, y mientras su hijo ocupaba tan dignamente su lugar en ella, se consagraba sin descanso á una lucha mucho mas difícil contra los vicios y abusos de la administracion portuguesa. Las reformas eran ya mas necesarias que las victorias, y Castro

las llevó á cabo. Desde entonces nadie osó ya extralimitarse, las Indias respiraron, y pudo creerse que habian vuelto los primeros años de la conquista.

Castro moderó tambien el zelo sobrado ardiente de ciertos misioneros, sin restringir, por supuesto, sus tareas apostólicas; cerca de él tenia á San Francisco Javier, y merced á este piadoso misionero, cuanto menos perseguidor se mostró el catolicismo, tanto mas progresó su causa.

Así pues reinaba paz en las Indias, y Juan de Castro confiando en esta reciente tranquilidad, iba á dirigir un poderoso ejército á las Molucas, á fin de librarlas definitivamente de las injustas pretensiones del emperador Carlos Quinto, cuando un renegado albanés, Coge Cofar, que habia pedido asilo al rey de Cambaya, puso otra vez en cuestion la supremacia portuguesa. Nada empero mas modesto al parecer, pues Mahmoud, sucesor de Bahdour, solo pedia que, con arreglo al tratado primitivo, los portugueses no se opusiesen á la construccion de un muro entre la ciudad de Diu y su ciudadela. Pero era obvio que Mahmoud, al suscitar esta cuestion solo buscaba un pretexto, que queria provocar á los portugueses, y que si triunfaba, se perdian irremisiblemente Diu y quizás todas las Indas. El gobernador de Diu se negó á ello, pues felizmente era uno de los hombres mas intrépidos que Portugal habia producido, en una época en que producia tantos: llamábase D. Juan de Mascarenhas. Despues de grandes esfuerzos para mantener la paz, dió parte al gobernador general del peligro que le amenazaba, añadiendo que con sus trescientos hombres de la ciudadela se comprometia á resistir hasta el extremo. Juan de Castro, que le conocia muy bien, le creyó, y no pudiendo correr él mismo en su socorro, le envió su segundo hijo, D. Fernando, con nueve buques y doscientos hombres. Las varoniles palabras con que se despidió del jóven demuestran elocuentemente lo que era y lo que esperaba de sus hijos.

Entretanto Coge Cofar, teniente de Mahmoud, habia emprendido el sitio de la ciudadela, y sus ocho mil soldados, entre los que habia mil genizaros de la Sublime Puerta, solo dejaban al bravo Mascarenhas la esperanza de una honrosa muerte. Este combatió empero con invencible energía, y hasta consiguió rechazar todos los ataques que se le dirigieron por mar; pero ca-

da dia, cada combate le arrebatava algunos hombres, y como el hambre era inminente, el desaliento comenzó á enervar la resistencia. De repente aparecen á lo léjos muchas velas. Eran las de Fernando que llegaba con sus doscientos compañeros, y cuyo desembarco no pudieron impedir los enemigos. La guarnicion, reanimada por este auxilio inesperado, recobró al punto su fuerza, y el sitio, cuyo término parecia próximo, debió empezarse de nuevo.

Esta nueva lucha, una de las mas asombrosas que la historia consigna, tuvo los mismos resultados que la primera. A pesar de que Coge Cofar fué muerto, y de que todos los asaltos de los sitiadores fueron rechazados no obstante el estado de ruina en que se encontraban los muros de la ciudadela, la muerte del jóven Fernando, la falta de víveres y el incendio redujeron por fin á Mascarenhas á tan extremados apuros, que la llegada inesperada de D. Alvaro, hijo primogénito de Juan de Castro, con una escuadra de cuarenta naves, no pudo ya devolverle la superioridad. Completamente vencidos en una salida imprudente que Alvaro y Mascarenhas no habian podido evitar, los portugueses solo trataron de vender cara su vida entre las ruinas de su ciudadela. El sucesor de Coge Cofar dudaba tan poco del triunfo que la noticia de su próxima victoria se esparció en breve hasta por los últimos confines de la India oriental, en donde inspiró universal alegría; y así supo Juan de Castro la desgracia que cabia á los valientes defensores de Diu.

Afogado por tal noticia, Juan no vaciló un momento: prescindiendo de la importancia de Diu, era preciso á toda costa no dar tal pábulo á las esperanzas del Asia, y todos los portugueses comprendieron como él semejante necesidad. Goa y todas las ciudades europeas de la India quisieron contribuir á los gastos de la grande expedicion, y merced á esta generosidad, el gobernador general, que se encontraba casi falto de recursos, pudo reunir doce buques de guerra, sesenta embarcaciones de remo y cuatro mil hombres de tropas escogidas. Aunque el ejército contra el cual se disponia á combatir ascendia por lo menos á cuarenta mil soldados, Juan de Castro no se dejó intimidar por tal desproporcion de fuerzas, y léjos de seguir los débiles consejos de algunos de sus primeros oficiales, pegó fuego él mismo á

una de las puertas de la ciudadela sitiada. Las llamas que devoraban las ruinas sirvieron para cocer la comida de sus soldados, y luego, dividiendo sus tropas en cuatro cuerpos, y disponiendo su escuadra de manera que no cesase de inquietar al enemigo, empuñó la batalla, el día 11 de noviembre de 1546; batalla terrible, en la que los europeos se vieron muchas veces próximos á sucumbir bajo la superioridad del número; mas el bélico entusiasmo que hacia tiempo les sostenia contra tantos peligros, se redobló de pronto para que no cayese en manos de los infieles una imágen de Jesucristo que Juan de Castro hacia llevar en sus filas, y desde entonces fueron invencibles. No solamente Round-Kan y sus genizaros fueron derrotados y muertos, sino que todo el ejército fué destrozado, conquistándose la ciudad de Diu en premio de tan maravillosa victoria. Juan de Castro no quiso otra parte en el inmenso botín que produjeron los despojos de aquella ciudad, que el honor de haber tan gloriosamente frustrado las esperanzas de los enemigos de su patria.

Otra vez se habia salvado el imperio colonial de los portugueses. En cuanto á las murallas de Diu y sobre todo á la fortaleza, que no era mas que un gran monton de escombros, Juan de Castro trató de reedificarlas, y como le faltaba el dinero que tan grandes trabajos exigian, escribió á los habitantes de Goa para que se lo prestasen, sin enviarles otra cosa que sus bigotes en garantía del empréstito que contraía. No se habia engañado en su noble confianza: los ricos banqueros de Goa no le pidieron otra prenda, y Juan de Castro la retiró en el día señalado. Tal es al menos la tradicion ordinaria, y aunque todo lo que esta refiere no es absolutamente exacto, no deja de ser incontestable que Juan de Castro era muy apreciado para poder obrar así.

Su regreso á Goa fué una verdadera ovacion. Castro entró bajo arcos de triunfo y pisando flores, con una palma en la mano y coronado de laureles. Los soldados que con él habian vencido, los prisioneros, las banderas y el botín iban tras él al sonido de los instrumentos y del cañon. Dicen que al oír la relacion de esta ceremonia oriental, la reina de Portugal exclamó que Juan de Castro habia vencido como cristiano y triunfado como idólatra. Si estas palabras son verdaderas, la reina se equivocaba. Al aceptar los honores que Goa reconocida le habia preparado, Cas-

tro no tenia otro pensamiento que aumentar el ardor de su ejército y herir la imaginacion de los indios. Aquella pompa era política, y respecto á él, su primer cuidado fué por el contrario humillarse y arrodillarse al pié de los altares para ofrecer á Dios la gloria que acababa de alcanzar.

Cuando en Portugal se supo la noticia de sus triunfos, toda la nacion quiso asociarse á tan gloriosas demostraciones, y el mismo Juan III fué el ministro del reconocimiento público, encargando á su embajador en Roma que refiriese solemnemente al papa los recientes sucesos de Oriente, y remitiendo á Castro el título de virey.

Cuando lo recibió, aun lo merecia mucho mas, pues desde su victoria de Diu no habia perdido un momento para aprovechar la profunda impresion que habia producido aquel gran triunfo, y léjos de abandonarse al reposo, no cesaba de consolidar todas las partes del imperio que amenazaban ruina. Mientras que Jorge Meneses sometia á Bazoche, que Monis prosperaba en Ceylan, que Malacca se volvia dócil, y que la ocupacion de Achem preparaba la de Sumatra, derrotaba al poderoso Hidal Khan, salvaba por segunda vez á Diu, incendiaba á Daboul y alcanzaba cerca de Goa la gran victoria de Santo Tomas, solo entonces estuvo tranquilo. Los radjahs consternados le ofrecian á porfia sus socorros, y parecia que Portugal no tenia ya enemigos.

Mientras el Oriente entero tenia los ojos fijos en Juan de Castro, solo aspiraba el virey á dejar todos sus honores, para vivir tan ignorado como le fuese posible, en los apacibles lugares de su infancia. Juan III se negó á satisfacer sus deseos, y Castro obedeció las órdenes de su rey y la voz de su patria. Solo la muerte le libró de sus trabajos.

No bien recibió el título de virey, sorprendióle la enfermedad en medio de los mas vastos designios y de las mas brillantes esperanzas. Entonces se vió cuanto valia. Era tal la pobreza voluntaria en que se hallaba, que no tenia con qué ocurrir á los gastos de la enfermedad: «Ved, decia, en qué estrechez me encuentro; pero como mis soldados son mis hijos, y nunca les ha faltado para sus necesidades mi sueldo de gobernador ¿qué mucho que el padre de una familia tan numerosa sea pobre?» En efecto, cuando despues de su muerte se abrieron sus cofres, pudo verse hasta

qué punto llegaba su pobreza. En ellos se encontraron tres reales y unas disciplinas.

En sus últimos momentos le asistió el apóstol del Oriente, San Francisco Javier, con el cual hablaron largamente de sus trabajos, de sus esperanzas, de sus conquistas comunes, expirando el gran capitán en los brazos del santo misionero, á los 6 de junio de 1548. Entre todos los hombres ilustres que entonces vieron la luz en Portugal, ¿á quién podemos comparar con Juan de Castro? Albuquerque es quizás el único que no queda eclipsado en su presencia, pues como él, tenía el alma á la altura de su genio. Al paso que no dejaba á sus herederos mas que su gloria, Juan de Castro legaba á su patria las Indias reconquistadas, los primeros progresos del cristianismo en Oriente, y el ejemplo de sus virtudes.

Decadencia del poder portugués en las Indias; muerte de Juan III.

Gobernar las Indias despues de Juan de Castro era muy ardua tarea, pues á mas del peligro de la comparacion, era de temer que el Oriente se creyese emancipado por su muerte. García de Sá, uno de los héroes de Diu, á quien fué encomendada, no se mostró empero indigno de ella, á pesar de que cuando entró á ejercer sus funciones tenía á lo menos setenta años de edad, y de que sus asiduos cuidados para mantener la paz, para aumentar las fortificaciones de las principales colonias, y para visitar personalmente todas las partes de su inmenso imperio, acabaron pronto de destruir su salud. Aun no hacia un año que era gobernador, cuando murió y fué reemplazado por Jorge Cabral (1549).

La corta administracion de este nuevo gobernador fué mas brillante, pues no solo los radjahs vasallos se resignaron casi todos á permanecer dóciles, sino que uno de ellos se convirtió al cristianismo; la isla de Ceylan fué medio sometida; Couleta, Panna y Capocata fueron incendiadas; el Zamorin sufrió muchas derrotas por mar, y los turcos fueron vencidos como los indios. Cabral preparaba una expedicion formidable contra el rey rebelde de Cochín, cuando Alfonso Naronha desembarcó con el título de virey. En todas las luchas que los indios ó los otomanos empeñaban contra ellos, los portugueses conservaban su antigua superioridad. Pero ¿cómo no ver la cruel necesidad de tener

que combatir continuamente sin disfrutar jamás de sus posesiones? ¿De qué servian los frutos de tantas conquistas, de tanta sangre, de tanta gloria?

Alfonso Naronha, Pedro Mascarenhas y Barreto, que gobernaron sucesivamente las colonias portuguesas, el primero durante cuatro años, el segundo durante nueve meses, y el tercero desde 1555 á 1557, se vieron en igual necesidad y pasaron todo el tiempo de su administracion corriendo con tropas desde Ormuz á Ceylan, desde Ceylan á las Molucas, desde las Molucas á Surate, desde Surate á Malacca, etc. Todos los pueblos entre los cuales los portugueses se habian establecido, parecian haberse puesto de acuerdo para no darles descanso: tales eran los frutos del odio que los europeos habian sembrado en el litoral del Asia del sur, y particularmente de su rápida corrupcion, un momento reprimida, pero no destruida por la enérgica probidad de Juan de Castro. Así es que cuando el gobernador de Diu, Diego de Naronha, anunció poco despues que en lo sucesivo se destinarian á la corona de Portugal todas las rentas de la aduana de aquella ciudad, apenas querian creerle. Estaba ya arraigada la costumbre de considerar las Indias como una posesion tan estéril como gloriosa.

Para colmo de desgracia, la tiranía y la corrupcion de los portugueses acarrearón luego disensiones no menos funestas, y desde 1554, algunos de sus principales gobernadores se armaron unos contra otros por cuestiones de preeminencia ó de interés. Así se fomentaba el odio que no osaba todavía estallar; así desapareció todo el bien que habia hecho la administracion de Castro; y la decadencia, un momento interrumpida, siguió su curso y se hizo casi irremediable cuando el imprudente Barreto se ausentó de las Indias para intentar la conquista del Monomotapa, donde murió tristemente despues de algunos años de inútiles esfuerzos.

A pesar de estos síntomas cada vez mas graves de una próxima ruina, Portugal continuaba teniendo en sus manos todo el comercio del Oriente, y los terribles peligros que amagaban su prosperidad eran todavía un secreto para Europa, cuando Juan III falleció á la edad de cincuenta y cinco años (11 de julio de 1557). Aunque no le recomendaba al afecto de sus pueblos nin-

guna grande accion personal, era muy querido; su pérdida fué llorada, y Camoens, cuyo génio no estimuló nunca, compuso en honor suyo un epitafio magnífico. Parece que los portugueses presentian, al entregarse á tan vivo dolor, que despues de este príncipe, vendria primero la pronta decadencia de su poder, y luego su humillacion. Los temores harto legítimos que les inspiraba el porvenir se trocaban en amor al pasado.

CAPÍTULO XII.

Reinado de Don Sebastian (1557-1578).

FAUSTA REGENCIA DE DOÑA CATALINA; INFLUENCIA DE LOS JESUITAS.—ABDICACION DE CATALINA; PODER OMNÍMODO DE LOS HERMANOS CAMERA (1562).—PELIGROS QUE AMENAZABAN ENTONCES AL IMPERIO PORTUGUÉS; FANATISMO.—D. L. DE ATAIDE HACE REVIVIR LOS BUENOS TIEMPOS DE J. DE CASTRO (1568.-1571).—LOS SUCESORES DE D. LUIS SON INDIGNOS DE ÉL.—DON SEBASTIAN SOLO PIENSA EN CRUZADAS; SUS IMPOTENTES CONSEJEROS.—MULEY AHMED IMPLORA SU AUXILIO; PREPARATIVOS; IMPRUDENCIA.—PRUDENCIA DE MULEY MOLUC; ATRAE Á DON SEBASTIAN; BATALLA DE ALCAZAR (4 DE AGOSTO DE 1578).—LA VICTORIA DE LOS PORTUGUESES SE CONVIERTE EN COMPLETA DERROTA; MUERTE DE D. SEBASTIAN.—IMPORTANCIA DE ESTA DERROTA.

Fausta regencia de D.^a Catalina; influencia de los jesuitas.

Cuando iba á nacer D. Sebastian (1554), una mujer desconocida y enteramente vestida de negro se presentó á su madre doña Juana, y la anunció con señales amenazadoras que pronto llegaria la hora fatal para la nacion portuguesa, y no bien hubo nacido, una cuadrilla misteriosa de espíritus infernales se puso á cantar y bailar en medio de las llamas, en el mismo patio del palacio, á los ojos de los consternados servidores de Juan III. Tales fueron las leyendas populares que se formaron mas tarde acerca de este desastroso reinado.

Muerto Juan III, su viuda Catalina, á quien legó la regencia, gobernó como él con celo y moderacion. Solo habia cambiado el nombre del soberano. D. Alejo de Meneses, á quien confió la regente la educacion del jóven rey, no era menos digno de este importante cargo, y bajo su buena direccion, don Sebastian no tardó en distinguirse entre los príncipes mas instruidos y mas discretos de su época. Los portugueses cobraron entonces

alguna confianza, pues es tal la condicion de los Estados sometidos al absolutismo, que toda su suerte depende de su soberano: decaen ó prosperan, segun la habilidad ó ineptitud, el zelo ó indolencia del señor.

Pero al paso que Catalina y Meneses sembraban con tanta solitud los gérmenes de un porvenir feliz, una secreta influencia minaba poco á poco sus trabajos: la de los jesuitas. Luis Camera, confesor del rey y su hermano Martin, no contentos con inspirar al real niño la profunda piedad que siempre mostraron sus abuelos, inocularon en su alma el fanatismo mas ardiente, la intolerancia mas feroz. Portugal necesitaba un rey, y ellos querian que fuese este un misionero, un fraile.

Sus afanes no fueron infructuosos, y llegado apenas á los diez años de su edad, imbuido en doctrinas y leyendas místicas, Don Sebastian solo pensaba en emplear su poder y su brazo en servicio de la religion. Anonadar la heregía, confundir á Mahoma, renovar las cruzadas y convertir al mundo, tales eran sus deseos; y al mismo tiempo contraia el solemne compromiso de no casarse nunca, para dejar espuesto su reino á todos los azares de pretensiones rivales. La mayor alegría que experimentó durante los primeros años de su reinado, fué obtener del papa el titulo de *rey obedientísimo*. Los jesuitas, que le habian inspirado tan humilde ambicion, estaban ya seguros de reinar en Portugal.

Abdicacion de Catalina; poder omnimodo de los hermanos Camera (1562).

Vanos fueron los esfuerzos de Catalina y del anciano Meneses para sustraer al rey de esta funesta dominacion. Don Sebastian se obstinó en cerrar los ojos, y Catalina, cansada del poder por las tenebrosas intrigas con que de continuo tenia que luchar, resolvió abdicar la regencia, llevando á su retiro tristes pero justos presentimientos (1562). Aunque el infante D. Enrique, cardenal é inquisidor general, fuese mejor segun la opinion de los hermanos Camera (1), tampoco le dejaron por mucho tiempo la auto-

(1) Hé aquí lo que les escribia el venerable obispo Osorio: «Os habeis convertido en las personas mas destéstables que Portugal ha conocido nunca antes y despues de D. Pedro el Cruel. Los portugueses aseguran todos que mas valdria para ellos el gobierno de los turcos... Al pueblo y al rey no podia sucederles desgracia mayor que vuestro poder.»